

V. Blasco Ibáñez
Giner y sus óperas
(*El Pueblo*, 10-4-1901)

Hace unas dos semanas que por la tarde o por la noche penetran per una puertecilla accesoria del teatro Principal algunos centenares de personas, cautelosamente, como devotos que acuden a la celebración de un culto misterioso y sublime.

Dentro del teatro tropiezan en la oscuridad, buscan a tientas un asiento y por encima de las negras filas de cabezas que recortan su silueta sobre la tenue claridad de las luces de la orquesta fijan su mirada en el escenario, donde, entre las decoraciones preparadas y la oscura masa de coristas y orfeonistas, vibran la voz varonil y seráfica a un tiempo de Paco Viñas, los enérgicos acentos de Hernández y Tabuyo y las acariciadoras notas de la Dahlander y la Carrera.

Se ensayan las óperas de Giner: preparan *El soñador*, la leyenda musical del hebreo Josef, que esta noche se desarrollará ante el público, revelando la grandeza de la inspiración de Giner, las magnificencias del pincel de Alós, la energía del maestro Sánchez Torralva, héroe del arte, que ha puesto en la empresa musical fortuna y vida, y en dos meses ha realizado el milagro de *montar* perfectamente cuatro óperas, prodigio pocas veces visto.

¡Las óperas de Giner! ¡El trabajo oculto y metódico de quince o veinte años, realizado en la sombra y el misterio, con timidez, sin esperanza de hacerlo llegar hasta el público, y que de repente, por la audacia y la abnegación casi filial de un discípulo, pasa de golpe de la penumbra del silencioso retiro al estrépito y la fiebre del aplauso público!

No sé en virtud de qué extraño espejismo, siempre que miro al maestro Giner, borro con la imaginación el cano y agudo bigotillo y le veo con una peluca empolvada, la blanca guirindola moteada de rape y un pañuelo enorme asomando por los faldones de la negra casaca; el exterior de uno de aquellos famosos maestros de capilla de Alemania que daban su paseo con Sebastián Bach, o posteriormente conversaban en la cervecería con Beethoven; el aspecto de un músico *solido*, de uno de aquellos sacerdotes del arte que hacen sus obras sin pensar en el público ni el dinero, y sinceramente, para dar expresión al pensamiento, repleto de ideas y sin soñar en el aplauso y el éxito bullanguero.

Me imagino a D. Salvador en su casa conventual de la calle de Liria, rodeado de la calma monástica de su familia escribiendo sus óperas *porque sí*, por la necesidad imperiosa que siente el artista verdadero de exteriorizar lo que lleva dentro, y producir de este modo una ópera tan completa como *El soñador*, un joyel afiligranado como *El fantasma* y una epopeya musical como

Sagunto, sin esperanza de verlas en la escena y sin el más leve impulso de la voluntad para intentarlo.

La obra de veinte años, ese amontonamiento de concienzudo trabajo realizado casi en el misterio va a revelarse en unas cuantas noches, gracias a la generosa iniciativa y la fortaleza de ánimo de Sánchez Torralva. Es un capullo musical que ha tardado veinte años en abrirse. ¡Que la flor que surge de él viva siglos sin marchitarse!...

La ópera que se canta esta noche es indudablemente la mejor de las cuatro.

Tal vez existen en las otras fragmentos superiores a *El soñador*, pero esta obra es la más completa y la más teatral de todas.

Es portentoso como Giner, que pasa años sin ir al teatro y desde su juventud no ha salido de Valencia, conoce el teatro y los resortes de que se valen los compositores dramáticos.

Y aquí conviene hacer una observación. Este es el país de las opiniones hechas: al que le incluyen en una clasificación no sale de ella por más que se esfuerce.

Como Giner ha vivido por circunstancias sociales en cierto ambiente clerical y ha compuesto mucha música religiosa, el vulgo tiene su frase que no le cae de los labios:

—¡El maestro Giner!.., ¡un gran músico! Pero sus óperas son *latas*. Música de Iglesia.

Pues no, señores. No hay tal *música de iglesia*, a no ser que ustedes sean de esos que creen estar oyendo una misa desde el punto en que la orquesta no les hace cosquillas con el escarabajeo del vals o el cantante entona algo que no es la romanza dulzona de salón o un galop de circo ecuestre.

Lo que se llama fibra dramática, el instinto para ajustar la música al carácter de los personajes y a la intensidad emocional de las situaciones, todas las condiciones especiales del compositor de música de teatro las tiene don Salvador Giner por instinto, y de ellas da prueba irrecusable en *El soñador*, ópera fácil y grata para el oído, en cuyo interior penetra inmediatamente el público.

Tiene defectos, más imputables al tiempo en que se escribió, que a descuidos del autor. Hay un concertante indigno de la grandeza y la sublime serenidad de Giner; pero este lunar desaparece ante la hermosura del resto de la obra.

En cambio el acto tercero, y especialmente la muerte de la mujer de Petefré, es lo más hermoso, lo más espontáneo, lo más *emocionante* que ha podido oírse en muchos años.

Aquello no es música: hay algo más que inspiración musical; es el soplo misterioso y sublime de la poesía que pasa por la escena, y tan grande es el

poder de la evocación del ilustre artista, que parece sentirse en el espacio el aleteo de las negras gasas de la muerte en torno de la agonizante seductora de Josef.

El músico que concibe y realiza una situación como esta, es un artista de genio, un gran compositor, digno no solo del aplauso de sus conciudadanos, sino del aprecio del mundo entero.

Después de *El Soñador* no cabe ya discutir si existe o no la ópera española. *Papam habemus*. Existe la ópera española y Giner es su pontífice.

Puede, pues, asegurarse sin riesgo a incurrir en las exageraciones del regionalismo, que el espectáculo de esta noche en el teatro Principal, es un verdadero acontecimiento que influye poderosamente en la cultura de toda España.

Ahora sería para algunos muy del caso entonar un himno en honor de Valencia, patria de grandes artistas, Atenas del Mediterráneo, etc., etc.; pero como aspiro a vivir en perpetuo contacto con la verdad guardo para mejor ocasión todos estos piropos a Valencia y me limito a decir que se está portando como lo que es, por desgracia.

Los pisos altos del teatro y las localidades modestas las llenará esa masa popular que siente el arte por instinto, y de cuyo seno salen nuestros pintores y músicos. De ese pueblo son los orfeonistas, que con tanto entusiasmo han prestado su modesta cooperación a las obras de Giner. Ese pueblo es aquí el único que lee libros y respeta a los artistas.

Aparte de él solo hay aquí una tribu de carsis desgraciados que creen llenar todas las necesidades de su vida pasando la tarde en la Alameda dentro de un cajón charolado, del que tiran dos jamelgos, y abonándose a las representaciones de la Guerrero para tragarse estúpidos dramones que les asombran por la gran cantidad de trajes que exhiben los cómicos.

Irán por curiosidad una noche a oír una ópera de Giner; se resignarán a sufrir lo que llaman *música de Iglesia* para que no digan que son insensibles al arte.

¡Pero que conste para vergüenza de los trescientos abonados al desfile de trajes y versos gangosos de la compañía de María Guerrero!

¿Quiere saber Valencia cuántas localidades hay abonadas para esas óperas de Giner, de las que se habla en toda España como de un acontecimiento artístico?...

¡Siete butacas!